

LA TARDE

Año XXIV

Diario republicano

Número 6.421

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Miércoles 3 de Agosto 1932

Camino adelante

CIDAD, NO: ADUAR

¿Ustedes han visto desde hace cincuenta años a la fecha una situación más deplorable, más desdichada como la que atraviesa nuestra ciudad respecto a urbanización, ornato y costumbres públicas?

En un año, Lorca ha descendido al nivel del poblacho más incivil, más atrasado.

¡Cuidado que en las postrimerías del pasado siglo, por los años del 88 al 1907, Lorca sufrió épocas terribles de desmoralización y abandono; pero llevamos un año que como éste no lo pudo soñar el más pesimista. ¡Qué administración, que descomposición y qué desmoralización! Se deben meses y meses a porrillo a médicos, farmacéuticos, practicantes, empleados del Municipio de todas categorías hasta los pobres guardias urbanos que ni pueden haber quedado reducidos a menos ni deberles más. Se le debe a los que se ven honrados con encargos o trabajos para el Ayuntamiento, a los establecimientos pensionados por éste. Las quejas a diario llegan al cielo, las maldiciones a los mismísimos infiernos, pero ni Dios ni el diablo ponen coto a este desbarajuste. Lorca da la impresión de un país sin Rey ni Roque ni Papa que lo escumigue, como se diría en tiempos monárquicos, lo que quiere decir que estamos infinitamente peor en tiempos republicanos, no por la República, no, sino por los que la vituperan, la maltratan, la desacreditan haciéndola odiosa cuando tan respetada y querida debiera ser por todos. ¿Pero de dónde salió esto, con qué se nutre, a qué aspira, qué persigue? Y dicen las gentes con gesto agrío: ¿y es ésta la República? Y dicen los enemigos del régimen: ¿y es ésta la República? ¡Ah ignorantes unos y solapados otros, no, esto no es la República, estos son los improvisados, los desechos de los viejos partidos monárquicos, los inominados, los incoloros que al oír el himno de Riego el 14 de abril, se lanzaron a la calle dando vivas, saltos y piruetas, asemejanza de esos niños astrosos y desharrapados que veis luego como vanguardia de las bandas de música por esas calles. No, no es esta la República, señoras y señores míos; no se valgan, ¡por los clavos

de Cristo!, de la ocasión para arriar el ascua a su putrefacta sardina monárquica aprovechándose de las circunstancias de haber caído el país en manos de unos faranduleros, de unos comediantes de la legua que están repentizando sin conciencia de lo que hacen no una mala comedia, sino uno de aquellos deslabazados y estúpidos juegos que antiguamente se representaban al calor del mosto en las cocinas de los hogares campesinos.

No se valgan de la ocasión, señoras y señores míos, ¡por las once mil Virgenes!, para sacar partido del ignorante haciéndole entender que los húmedos que se valancean y que los secos que disparatan son intérpretes del régimen republicano; ¡no y mil veces no! Esos son los desacreditadores, los desprestigiadores del querido régimen que ellos traicionan, falsean, burlan, menosprecian; son los que se alistaron en el banderín de enganche como en Africa los legionarios, sin preguntarles nombre, origen ni procedencia. Es un cocktail o si quereis, breva, compuesto de toda clase de bebidas nocivas que han hecho a nuestra ciudad perder el estómago. Si, tenéis razón, señoras y señores míos esto no es ni medianamente serio, no es regular, no es mediano, no es malo, no es malísimo, es pésimo, absurdo, inconcebible, pero no el régimen, repito que no; son ellos, los falsos republicanos, los apóstatas de todos los credos, de todas las confesiones, de todas las ideas. ¡Si empezaron avalados por hordas faraónicas, ¿qué esperabais? Si la vena popular llama húmedos a los cabezas, ¿qué ha de pasar? Si donde menos se piensa salta un besugo, ¿qué ha de ocurrir? Si Dios los cria y ellos se juntan, ¿qué han de hacer? Si los guardianes se van de baile ¿qué harán los frailes? Quebrar, malas bestias, los árboles de los paseos y plazas, romper las bombillas del alumbrado, deshacer guardacantones y bancos de los paseos públicos, destroz ar azulejos que marcan el nombre de las calles, deshacer bardas y cañizos... ¡Si esto es un aduar de Frajana y perdone el aduar!

JUAN DEL PUEBLO

so contra el asesinato del Presidente de la República francesa, que ha sido condenado a muerte.—«El grandioso mitin de afirmación española, contra el Estatuto catalán, celebrado en Madrid».—«El robo sacrilego en una iglesia de Vizcaya.

No deje de leer:

«Mundo Gráfico» 30 cts.

Banco Central

Cuentas corrientes a la vista 2 por ciento

Corolarios

EN LO MAS FONDO

Para una sociedad inalterablemente burguesa, como sigue siendo la española, todo cuanto ha producido la Revolución es extremista y perturbador.

Lo que se ha hecho en materia de educación pone el grito en el cielo de los buenos ciudadanos que se creen terriblemente revolucionados, y sólo asisten a un simplicísimo y vulgarísimo cambio de régimen político.

Cambio superficial; porque como temíamos y consignamos repetidamente durante el pródromo revolucionario,—y no erramos de cierto,— todo se iba a reducir a un cambio de vocabulario y a una nueva denominación de investiduras. Que es, sino revolucionario, perturbador. (Una revolución bien hecha es menos perturbadora que un simulacro de revolución).

Esto es, que los que se quejan del trastorno sin acudir a las causas, no lo ven originado por la falacia de un aborto de revolución. No se enteran de que el hecho que registran no es otra cosa que la perduración en la República de cuantos males lastábamos; y que desvincularon el sentimiento monárquico como ya van minando el prestigio de la República.

La pedagogía de la República, es verdad, ha tocado al maestro con el gorro laico. Gorro que se pone poco y usará menos de día en día. Porque las nuevas generaciones de maestros son, como las anteriores, de gentes que sólo piensan en orientar su vida y adaptarse pragmáticamente al ideal en auge (jesuita o masónico); porque la República no ha dado el tipo de pedagogía ni de pedagogos revolucionarios; (porque ni el jesuitismo ni

lo masonería han sido jamás una novación).

La República se ha mantenido, digan lo que quieran asustadizos y pascos, dentro de unos moldes, de los mismos molles que nos legó el régimen fenecido. Sólo puede apuntar a su favor la activación, proliferación y estatuación de la escuela. Que ya es algo, lo reconocemos.

Toda revolución lleva en sí una pedagogía. La mentalidad sigue siendo monárquica en España. Luego la pedagogía revolucionaria tenía que ser y es algo inexistente.

Nos podrá doler, sobre todo a los hombres que se forman la ilusión de que están cambiando a España; pero Maciá, el venerable Maciá, ese hombre tan discutido, más tan entrañable revolucionario, ha vertido una frase amarga, dicha con intención mortificante o respondiendo a un impulso espontáneo; frase, que por otra parte, corrobora la realidad. El ha visto en el acto de días pasados en la plaza de toros de Madrid, que sigue imperando la mentalidad que dejaron Austria y Borbones.

Lenín decía que la masa se instruye a fuerza de experiencia. Pero diremos con Chulguín que lo primero que se impone es cambiar el contenido de la pedagogía.

Si para una simple estructuración regional—que no es otra cosa que reintegrarnos a nuestra tradición—el obstáculo es tan considerable, ¿qué habrá que vencer de contradicciones ideológicas y morales diferentes para llegar a la unanimidad o al consentimiento de España con respecto a una pedagogía?

JOAQUIN MARTINEZ PERIER

Cosas de la cloaca

NO LO ESPERÁBAMOS...

Publicado el editorial del sábado, día 30 del pasado, llega hasta nosotros el rumor de que nuestro trabajo ha sido objeto de los más apasionantes y regocijados comentarios... Regocijados todos, lo mismo en las tertulias de los mentideros que en los centros culturales... ¡Hasta en las reuniones de índole privada y familiar, regocijo, algazara y cháchara!... Lo lamentamos.

Sería faltar a un elementalísimo deber de sinceridad ciudadana y periodística, cruzarse de brazos, encogerse de hombros, dejar paso a la especie y esconder la cabeza debajo del ala, ese ala que lo tapa todo ¡todo!, hasta lo más repugnante. No, eso nunca, señores del hilarante cotarro. Antes de ello rompería mos gustosamente la pluma, buscaríamos el merecido *Ostracismo* inherente a nuestro fracaso y nos auto-

sanccionaríamos con la justicia de un voluntario silencio. Pero como esto está muy lejos de llegar por ahora—y por siempre jamás, amén—, nos vamos a permitir una satisfacción todo lo amplia, explícita y satisfactoria que el caso requiere.

El resobado, traído y llevado editorial del sábado, en cuyo pie figura nuestro nombre y dos apellidos como garantía de seriedad, no es, a pesar de las apariencias,—no se olvide que a veces las apariencias engañan—una diatriba de zumos corrosivos, que esquivo con suma habilidad el área y la jurisdicción del Código penal (¡ya! ¡ya!)—ya se ha intentado en otrora echárnoslo encima, sarcástico, amenazador y fatídico como la losa marmórea de un mausoleo; pero hay justicia,—; y buena prueba de ello es que hoy, afortunadamente para la República,

no está el digno cuerpo de la Judicatura a merced de la hiperestésica irritabilidad de ningún «monterilla»; no es tampoco nuestro trabajo que mas pudiera yo desear! una parodia filípica, de virtualidad semejante a las que pronunciaba en la antigua Hélade de mi colega inmortal; y mucho menos una catilinaria de primer grado, como equivocadamente han creído algunos señores con anverso y reverso. Nada más lejos de nuestro propósito, amigos y señores míos; pero...

Pero... ¿sonríen ustedes? ¿Y en mis propias narices? No se olvide que lo que se escribe es a modo de emanación y prolongación de la persona—. En mi vida he visto descaro semejante ni suspicacia más agresiva. Menos sonrisitas señores, ¡por los clavos de Jesús de Galilea!, que el asunto es más grave y mas serio de lo que parece... Pues no faltaba más!

Perdonen mi justa indignación las personas ecuanimes, respetables y sensatas que usan con parquedad y moderación de sus mandíbulas. A ellas me dirijo exclusivamente—con los demás sería gana de predicar en desierto—en este artículo serio, aclaratorio y microbicida.

La cloaca—tomen nota de mis palabras—es un espacioso recipiente ilusorio, fantástico, imaginario, que ni existe ni ha existido jamás. Al menos que yo sepa, y aunque es verdad que en algunos sitios de la ciudad se huele mal y en otros rematadamente mal, esto no significa nada, no quiere decir nada, no supone nada... Nada de nada. ¿Está esto claro?

El trabajo del sábado, sólo las personas alumbradas—quiero decir inteligentes y con luces naturales—lo han leído sin inmutarse ni demudarseles la color, porque—y he aquí el nervio de la cuestión—no es para tanto. Vivan por muchos años en el *machito* las personas imparciales y sin prejuicios, porque son las únicas a quienes confiero el honor de haberme hecho justicia. ¿Que por qué? Sencillamente por esto: porque a la vista de mis fantasías edilobacilólicas, habrán pensado: «¡Phs! ¡Cosas fantasmagóricas de muchacho vehementemente a quien han expulsado... los demonios del cuerpo y aún le quedará alguno adherido junto al cerebro o en la región bubo raquídea!» Justo. Ni más ni menos. ¡Qué bien diagnostica la sensatez cuando va unida a la frescura impoluta de las canas, a los sibaritismos y libaciones refinados y a la *cerámica* patentada recientemente!

Exacto, exactísimo, señores míos. Yo soy un chico vehemente. (Que se lo pregunten a mis papás y a mis maestros; pero si estos testimonios no inspiran confianza solicítense el del Amigo Manso o bien el del curroidebaco de Abengibre). Es, pues, la vehemencia, tónica y resultante de todo mi carácter. Vehemente para la amistad, para el amor, para el odio... Y en cuanto a lo del diablillo

PUBLICACIONES

Mundo Gráfico

Le recomendamos la lectura de su número del día 3 de Agosto, que tiene verdadero interés, por los sugestivos y emocionantes reportajes, informaciones de gran actualidad, numerosas ilustraciones, que entre otros publicará:

«La vida novelesca de un aventurero madrileño que fué faquir en la India y apache en París».—«El proce-